

LA CATEQUESIS EN LA TRADICIÓN PATRÍSTICA

JEAN DANIELOU, S. J.

CATEQUESIS

La catequesis es la tradición viva del depósito de la fe a los nuevos miembros que se van agregando a la Iglesia. Así, pues, la catequesis constituye un aspecto particular del ejercicio del Magisterio de la Iglesia. Por un lado se distingue del kerygma: el anuncio a los paganos de la Buena Noticia de la Resurrección; y, por otro, de la homilía: la enseñanza dada a los miembros de la comunidad cristiana. Esto implica un doble carácter. Por oposición al kerygma, es algo completo: la catequesis debe instruir a los candidatos al bautismo en todo lo que un cristiano debe creer. Por oposición a la homilía, es algo elemental. Trata sólo de los puntos esenciales, dejando a un lado el profundizar más en los aspectos espirituales o especulativos.

Sería muy interesante recordar la historia de la Catequesis desde sus orígenes. Es tan antigua como la misma Iglesia. Podríamos penetrar en su estructura por medio de las fórmulas más antiguas del Símbolo. Entrevemos su contenido a través de algunas obras, como La demostración de la predicación apostólica, de San Ireneo; el Tratado del Bautismo, de Tertuliano, o los Testimonios, de San Cipriano.

En el siglo III, vemos que se ha convertido ya en una institución, con la Tradición Apostólica, de Hipólito de Roma. Pero la edad de oro de la catequesis es el siglo IV. En dicha época alcanza un desarrollo excepcional e inigualado, por el lugar que ocupó en la vida de la Iglesia, unido todo ello al gran número de bautismos de adultos que tuvieron lugar en aquella época. Las formas que entonces se establecieron son todavía las que rigen nuestro catecumenado actual. Por tanto, vamos a hablar ante todo de la catequesis tal como nos la presenta la historia en aquella época.

Además tenemos la suerte de poseer un conjunto de documentos acerca de la catequesis del siglo IV, que proceden en gran parte de las mayores figuras de aquel tiempo. Esto nos ha proporcionado una documentación excepcional, lo que constituye una razón más por la que nos vamos a referir a este período.

Entre esos documentos, los principales son: las Catequesis, de San Cirilo de Jerusalén; las Homilías Catequéticas, de Teodoro de Mopsuesta; los Tratados sobre los Sacramentos y sobre los Misterios, de San Ambrosio; las Catequesis Bautismales, de San Juan Crisóstomo; el Discurso Catequético, de San Gregorio Niceno; De Catechizandis rudibus, de San Agustín. Todos estos tratados, obra maestra cada uno en su género nos dan de forma incomparable acceso a la tradición catequética de los Padres de la Iglesia.

Antes de abordar el contenido de la catequesis, debemos hablar de su estructura. Esta cuestión tiene además el interés de presentarnos la catequesis con toda la riqueza de sus diversos aspectos, no sólo como instrucción, sino también como iniciación a las costumbres cristianas y como agregación a la comunidad eclesial.

La catequesis es una pastoral completa de la entrada a la existencia cristiana.

Mirada desde el lado de la Iglesia y no desde el lado de los catecúmenos nos ayuda a ver la importancia que tiene la función catequética en la vida de la Iglesia, puesto que podemos comprobar el lugar que ocupa en la actividad de los obispos y la influencia que ejerce en la estructura del año litúrgico. Todo ello demuestra la importancia excepcional que concede la Iglesia a la formación de los nuevos cristianos.

ETAPAS:

En la Iglesia del siglo IV, el catecumenado comprendía cuatro etapas claramente diferenciadas. La primera es la de los candidatos o accedentes, que nos pone en presencia de paganos o de herejes. San Agustín los designa como personas rudas, es decir, todos aquellos que son todavía incultos por completo en las cosas relativas a la fe y a la vida cristiana. Durante este primer estadio, esas personas, ajenas todavía por completo a la Iglesia, se informan acerca de ella. Cuando ya están decididas a prepararse para el bautismo, deben presentarse ante la persona encargada de examinarlas. En Cartago se ocupaba de ello un diácono llamado Deogracias. Este les exponía lo esencial de la fe.

De esto trata San Agustín en su libro De Catechizandis rudibus. Si se comprobaba la sinceridad de su decisión, se les admitía al catecumenado. Esta entrada llevaba consigo en África la signatio en la frente, la imposición de las manos y la sal. Para los niños de familias cristianas esta primera iniciación estaba asegurada por la familia, y el niño era considerado como catecúmeno.

El segundo estadio es el catecumenado propiamente dicho. La Tradición Apostólica prescribía, en el siglo III, que este tiempo de prueba debería durar por lo menos tres años: era una especie de reacción contra los bautismos prematuros, que corresponde muy bien a las tendencias rigoristas del autor de la Tradición. En el siglo IV el problema era todo lo contrario. Los obispos tuvieron que reaccionar contra la tendencia a la prolongación indefinida de este

período. Cada año, hacia la Epifanía, el obispo dirigía a los catecúmenos una llamada, a fin de que se inscribieran en la preparación inmediata del bautismo. Los catecúmenos recibían en Oriente el nombre de katekoumenoi, y el de auditores, en Occidente. Su instrucción corría a cargo de los catequistas. Así en Alejandría, a principios del

siglo III, el encargado de la escuela catequética era Orígenes. Los catecúmenos tenían algunos derechos, especialmente el de asistir a la primera parte de la misa.

A ellos se dirigían muchas veces los obispos y predicadores, lo que demuestra que constituían una parte notable de su auditorio.

La tercera etapa estaba constituida por la preparación inmediata al bautismo. Es de la que tenemos más información. La víspera del primer domingo de Cuaresma los catecúmenos que deseaban recibir el bautismo daban sus nombres al sacerdote encargado de esta misión. A la mañana siguiente tenía lugar la ceremonia solemne de la inscripción. En el Diario de Eteria (número 45) tenemos una descripción detallada de la ceremonia, tal como se celebraba en Jerusalén. En presencia del obispo y del presbiterio, los candidatos se presentaban uno detrás de otro, los hombres acompañados de su padrino, las mujeres de su madrina. El obispo interrogaba a la comunidad para saber si eran dignos de ser admitidos al bautismo. Si la respuesta era favorable, el propio obispo les inscribía en el registro de su puño y letra. Entonces se convertían en los "photizomenoi", en griego, y en latín, los electi, o los competentes. Inmediatamente después el obispo pronunciaba la homilía titulada Pro-catequesis. Los ritos de esta solemne ceremonia presentaban algunas variantes. Todos ellos han sido comentados por numerosos escritores.

Entonces comenzaba la preparación inmediata. Tenía tres aspectos. Por una parte, era una enseñanza. Salvo los días festivos, cada mañana había una asamblea presidida por el obispo. Durante las primeras semanas el obispo comentaba las Escrituras. Estas instrucciones podían tener diversas formas. En varios tratados de San Ambrosio tenemos ejemplos característicos, especialmente en el Hexamerón. Después del cuarto Domingo de Cuaresma (el cuarto en Oriente, puesto que allí la Cuaresma tenía ocho semanas), comenzaba la catequesis doctrinal propiamente dicha. Se iniciaba con la Traditio-Symboli. El obispo comunicaba a los electi el contenido del Símbolo, que es el esquema de la catequesis. Este acto solemne constituye realmente la tradición en acto, la transmisión oficial de la fe por la Iglesia a sus nuevos miembros. Durante las dos semanas siguientes el obispo comentaba los diversos artículos. Esta clase de comentarios son las dieciocho catequesis de Cirilo de Jerusalén y las Homilías catequéticas de Teodoro de Mopsuesta. Al final de estas dos semanas tenía lugar la Redditio-Symboli.

Al lado del aspecto doctrinal, la preparación al bautismo tenía también un aspecto espiritual. Era un tiempo de ruptura con las costumbres paganas y de iniciación a las costumbres cristianas.

Conservamos una Homilía de Cirilo de Jerusalén acerca de la conversión, que predicó uno de los primeros domingos de Cuaresma. Las Homilías cuadregesimales de Ambrosio tienen principalmente carácter moral. El candidato que se preparaba para recibir el bautismo debía acompañar la instrucción con una vida más penitente. La Cuaresma es un tiempo de recogimiento, al que se asociaba toda la comunidad cristiana. También tenía su lugar una iniciación en la oración. Las Homilías catequéticas de Teodoro de Mopsuesta contienen un comentario del Padrenuestro. En Cartago existía una traditio de la Oración dominical, seguida de una redditio durante la Semana Santa.

Finalmente, tenemos que considerar el aspecto ritual. Estas semanas de preparación eran un tiempo de prueba, durante el cual el demonio trataba de conservar su poder sobre aquellos que estaban a punto de escapársele. En este combate contra el Príncipe de este mundo, el catecúmeno debía ser ayudado. A esto se refieren los exorcismos o scrutini que tenían lugar en Roma durante tres Domingos de Cuaresma (III, IV y V). Este aspecto del catecumenado como combate espiritual pone de manifiesto una tradición muy antigua. Según los más antiguos documentos catequéticos, como la Didaché y la Epístola de Bernabé, la catequesis se presenta, en efecto, bajo el aspecto de la doctrina de los dos caminos: el de Cristo y el de Satanás. Este esquema puede corresponder a un esquema judío anterior que encontramos en los manuscritos de Qumram. La elección del Evangelio de las Tentaciones de Cristo para el primer Domingo de Cuaresma se inspira en la misma perspectiva. La renuncia a Satanás y la adhesión a Cristo marcarán, ya en los umbrales del bautismo, el final de este combate. Finalmente, queda todavía la última etapa de la catequesis.

Según la tradición antigua, la explicación de los sacramentos no se daba antes del bautismo, sino que constituían el objeto de las catequesis mistagógicas. Dadas por el obispo durante la semana de Pascua, la semana in Albis. Un esbozo de esta catequesis mistagógica dirigida a los neófitos, lo tenemos sin duda en la Primera Epístola de Pedro, tema central del domingo de Quasimodo. Conservamos documentos muy importantes de esta catequesis sacramental en las Catequesis mistagógicas de Cirilo de Jerusalén y de Teodoro de Mopsuesta, así como en De sacramentis y De Mysteriis, de San Ambrosio.

Estas catequesis incluían al mismo tiempo una explicación del simbolismo de los ritos, una exposición de las figuras bíblicas de los sacramentos y una exhortación a vivir en Cristo. Diversos elementos que ocupaban más o menos lugar en la instrucción. Las Homilías bautismales, de San Juan Crisóstomo, están consagradas especialmente al último de estos elementos.

A través de todas estas etapas podemos comprobar la riqueza de los elementos que constituyen la catequesis. Vemos también la libertad dejada al catequista en la organización de todos estos elementos. Sin embargo, se desprenden algunas líneas generales.

La enseñanza catequética comporta tres grandes conjuntos que se presentan siempre en el mismo orden: una catequesis bíblica, que llena las primeras etapas; una catequesis dogmática, cuyo marco es el símbolo, y,

finalmente, una catequesis sacramental. Pero a través de estas diversas etapas y bajo sus diferentes aspectos, la catequesis conserva siempre ciertos caracteres comunes. Esto nos permite penetrar con mayor profundidad en el contenido de la catequesis patristica y sacar de ella todas sus enseñanzas.

La catequesis es, en primer lugar, una explicación. Es una presentación del contenido de la fe, que tiene por objeto hacer comprender ese contenido. En este sentido tiene un carácter extraordinariamente concreto. Al catecúmeno se le pone en presencia de un cierto número de elementos: los acontecimientos de la Historia Sagrada, los artículos del Credo, los ritos de los sacramentos. Pero todas estas realidades exigen que sean bien comprendidas. Por su misma esencia son realidades misteriosas.

Se expresan por medio de palabras, de imágenes, de gestos, tomados de la vida corriente. Pero tienen un contenido divino. Este contenido divino es el que deben captar. Pero no se trata solamente de un conocimiento discursivo, sino de una educación de la fe. La catequesis es una educación de las virtudes teologales. San Agustín lo ha dicho de manera admirable: "Todo lo que les expliquéis, explicádselo de tal manera que vuestro oyente al escucharos crea, creyendo espere, esperando ame" (Catech., IV, 8).

PREDICACION

Unos ejemplos concretos. En primer lugar, en materia de catequesis bíblica. Agustín nos lo muestra en un admirable pasaje. Hay que presentar la totalidad de la Historia Sagrada, desde la creación del mundo hasta los «tiempos actuales» de la Iglesia. No hay que perderse en los detalles. Entre todas las mirabilia Dei, que forman el contenido de la Historia Sagrada, hay que retener las mirabiliola, las articulaciones esenciales. Y en estos hechos hay que detenerse, desarrollarlos (expandere), deducir de la anécdota exterior el contenido divino, lo mirabile, de forma que suscite la admiratio, despierte en el alma de los oyentes el sentimiento de lo sagrado, suscite la fe. La tarea del catequista está aquí definida de modo admirable. No se trata simplemente de exponer los hechos de la Historia Sagrada unos detrás de otros, de saturar la memoria con la lista de los reyes de Judá o de Israel.

Hay que ir a lo esencial, a las articulaciones de la historia de la salvación, para sacar de ellas todo su contenido teológico. San Agustín nos ha dado ejemplo: el Diluvio, la salida de Egipto, la construcción del Templo, la Maternidad virginal de María, la Resurrección de Cristo, Pentecostés...

La catequesis dogmática presenta también un aspecto analógico. Aquí no se trata de los acontecimientos, sino de las categorías fundamentales, de las que hay que comprender su sentido exacto. En este punto, Cirilo de Jerusalén nos proporciona admirables ejemplos. La Catequesis X, referente a Cristo, comienza por un tratado acerca de los nombres y de los títulos de Cristo en el Nuevo Testamento. Tratado que parece formar parte de la catequesis tradicional. Lo encontramos en el Diálogo, de Justino, en los Comentarios sobre Juan, de Orígenes. Constituye una especie de inventario concreto de los diversos aspectos de Cristo, anterior a toda sistematización. Pero es también la aclaración del sentido auténtico de algunas palabras, como Cristo, Hijo del Hombre, Salvador, o de símbolos, como Cordero, Piedra, Puerta. Es admirable cómo un exegeta moderno, como Vincent Taylor, rehace este tratado en su libro *The Names of Jesus*. De la misma manera, la catequesis de Cirilo sobre el Espíritu Santo comienza por un tratado sobre los diversos sentidos de la palabra "pneuma", que disipa los equívocos que la palabra espíritu tiene para nosotros.

¡Cuántas confusiones subsisten en el pensamiento de muchos cristianos por el solo hecho de que, el sentido bíblico de la palabra espíritu y su radical distinción del sentido griego, no se ha explicado nunca con claridad! El mismo método encontramos en la catequesis sacramental.

Esta se concibe esencialmente como una lección de cosas. Parte de los ritos de los sacramentos. Y tiene como primer objeto explicar el simbolismo auténtico de estos ritos. Todavía aquí la catequesis patristica es de una admirable actualidad. Separa los símbolos sacramentales de las analogías más o menos fantásticas que pueden suscitar en el espíritu de los hombres de nuestros tiempos.

Si los símbolos bien comprendidos son uno de los caminos más fecundos de la pedagogía divina, los símbolos mal comprendidos son uno de los venenos más peligrosos para la fe, puesto que constituyen un bazar heterogéneo, en el que podemos encontrar juntamente la manzana de Eva, el manso cordero, la dulce tórtola, los lirios del Cantar de los Cantares y la purificación del bautismo y en el que el sentimentalismo se disputa el puesto con la vulgaridad. La catequesis patristica restituye a las alas de la paloma su significado de soplo creador; al agua bautismal, su simbolismo de poder de destrucción y de vivificación; al fruto del árbol de la vida, su valor eucarístico; al Cordero inmolado, su contenido redentor.

Por consiguiente, la catequesis es, en primer lugar, una explicación elemental del contenido de la fe, ya se trate de acontecimientos, dogmas o ritos. En segundo lugar, es una demostración, apodeixis, según la expresión de San Ireneo. La catequesis tiene por objeto aportar su justificación al acto de fe.

Esta justificación no es extraña a la propia fe. La apologética, los preliminares de la fe se derivan del kerygma, de la presentación a los paganos. La demostración de la fe es la analogía de la fe. Es decir, lo que fundamenta la adhesión a tal o cual aspecto particular, es que se refiere a otros aspectos, de manera que aparece así como la expresión de una realidad permanente. La demostración de la fe consiste en desprender las leyes de la fe, en conducir de lo particular a lo general, como la demostración consiste en desprender las leyes de la Naturaleza, en

relacionar lo particular con lo general. Por consiguiente, es en esencia el establecimiento de las correspondencias entre las maneras de obrar de Dios en las distintas etapas de la historia de la salvación.

Esta demostración consiste ante todo en la relación establecida entre el Nuevo Testamento y el Antiguo. Relación que presenta varios aspectos. En la catequesis dogmática, es principalmente profética. Este aspecto de la catequesis se remonta a los tiempos apostólicos y más allá, al propio Cristo. Es la de Cristo mostrando a los discípulos de Emaús que los acontecimientos de la Pasión y de la Resurrección habían sido anunciados en el Antiguo Testamento, partiendo de la ley y de los profetas. Es también la de Pablo, escribiendo a los corintios que Cristo ha resucitado, "según las Escrituras". Desde los primeros tiempos de la Iglesia se recogieron para los catequistas colecciones de Testimonios, textos del Antiguo Testamento en relación con los diversos dogmas cristianos.

Poseemos una de estas colecciones, debida a San Cipriano.

Contiene todos los textos que todavía hoy son fundamentales.

Cada una de las Catequesis de Cirilo de Jerusalén incluye las profecías que se referían al artículo del símbolo correspondiente.

Así, en la Pasión: "vamos a demostrarlo partiendo de los profetas" (XIII, 23). Este argumento profético conserva todo su valor si se comprende no como una descarnada realización de algunas predicciones muchas veces discutibles, sino como el cumplimiento total en Cristo de los acontecimientos escatológicos anunciados por todos los profetas.

La demostración sacramental es esencialmente tipológica.

Consiste en mostrar la analogía de las acciones de Dios en el Antiguo y Nuevo Testamento y en los sacramentos de la Iglesia.

Esta es una de las evidencias más completas que nos presentan las catequesis patrísticas. Esta tipología sacramental tiene su punto de partida en el Nuevo Testamento. La relación entre el maná del desierto y la Eucaristía aparece en Juan; la de la travesía del mar Rojo y el bautismo, en Pablo. Tertuliano en su *De Baptismo* presenta en primer lugar las grandes figuras bautismales del Antiguo Testamento y después las del Nuevo: las Bodas de Caná, la piscina de Betsaida. Son exactamente las mismas que descubre un exegeta moderno, como Cullmann. Es asombroso el lugar tan importante que ocupa en las catequesis mistagógicas del siglo IV este estudio de las figuras. Por ejemplo, en Cirilo de Jerusalén, en Ambrosio, en Crisóstomo. Tienen considerable valor.

Muestran en los sacramentos la continuación en el tiempo de la Iglesia de las magnalia Dei, alianza, liberación, permanencia, etc., del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Después de la explicatio y de la demonstratio viene, finalmente, en nuestras catequesis un último elemento, que es la exhortatio. Con ella termina San Agustín su tratado *De Catechizandis rudibus*. Pone en guardia al catecúmeno contra posibles ilusiones. Una vez bautizado, todavía está expuesto a las tentaciones. Más aún, corre el peligro de encontrarse con cristianos que le den malos ejemplos. De este modo, se apunta ya el problema tan delicado de la perseverancia de los neófitos, y la necesidad de integrarlos en una comunidad viva está ya sugerida.

Por su parte, Cirilo de Jerusalén, a propósito de cada uno de los artículos del Símbolo de la Fe que va explicando, no deja de mostrar las consecuencias prácticas que cada uno de ellos representa para la vida del cristiano. La catequesis sobre Dios creador termina con una llamada a la admiración ante las obras de Dios. La de la Resurrección con la promesa de la resurrección del catecúmeno en el bautismo. El punto más importante para nosotros es que esta catequesis moral no aparece en el siglo IV como objeto de una enseñanza particular, sino en relación con la enseñanza dogmática, de la que constituye una aplicación práctica. También la encontramos en los diferentes estadios de la catequesis. En San Agustín, en la instrucción a los accedentes. Ocupa también un lugar importante en San Ambrosio, en sus catequesis bíblicas del comienzo de Cuaresma. Los sermones sobre Abraham, Isaac, David son en gran parte exhortaciones morales. San Juan Crisóstomo le consagra la mayor parte de sus exhortaciones a los neófitos durante la semana de Pascua. Vemos también que sus referencias son muy diversas. San Ambrosio presenta como ejemplo a los santos del Antiguo Testamento. San Juan Crisóstomo describe la vida del bautizado como un revestirse de las costumbres de Cristo.

Esto viene a confirmar la conclusión a la que llegamos en nuestro estudio del marco de la catequesis. La enseñanza moral no aparece separada de la enseñanza doctrinal. Pero toda catequesis es al mismo tiempo doctrinal y práctica. No se trata solamente de instruir, sino de convertir. El fin de la catequesis es la educación del futuro bautizado en todos sus aspectos, es introducirle en la existencia cristiana. Así la catequesis moral puede muy bien partir de la Sagrada Escritura, del símbolo de la fe, de los sacramentos. La catequesis moral acompañará a la catequesis en todo su desarrollo, desde el principio de la conversión hasta la floración de la vida bautismal. Marcará la incidencia práctica de las verdades enseñadas en otra parte.

Ya hemos hablado del marco y del contenido de la catequesis.

Ahora nos queda por tratar la última cuestión, la de su presentación. Después del aspecto litúrgico y del aspecto dogmático, existe también el aspecto psicológico. El contenido de la catequesis es la tradición de la fe. Y

este contenido es inmutable. Pero esta fe debe anunciarse a los hombres en un tiempo y medio determinados. Es en este campo de adaptación al medio donde se sitúa propiamente la búsqueda catequética, que depende de la pastoral y no de la teología. El catequista no tiene que realizar la investigación teológica. Eso es el objeto de la teología especulativa. El catequista debe enseñar la doctrina común de la Iglesia, pero haciéndola accesible a las almas. En este punto es donde desempeñan un importante papel la psicología en general, la psicología de la fe, la sociología religiosa, la pedagogía catequética.

Estas preocupaciones tan modernas son también las de los Padres de la Iglesia. Son las que han inspirado la obra maestra de la pastoral catequética: De *Catechizandis rudibus*. Además de las exposiciones propiamente dichas que hemos utilizado ya, contiene numerosas indicaciones concernientes a la cuestión que tratamos ahora. Se las puede ordenar de dos maneras. La primera es la de la diversidad de medios. Agustín-san aborda esta cuestión en primer lugar de una manera general. Dice que hay que tener en cuenta el hecho de que vaya dirigida a sabios o ignorantes, obreros o campesinos, muchachos o muchachas, niños o adultos. Una vez organizada, la catequesis debe ser al mismo tiempo lo bastante flexible como para poder adaptarse a situaciones particulares.

Una vez dicho esto, Agustín examina algunos casos particulares.

Si se trata de un hombre corriente sin instrucción, Agustín dice que en primer lugar habrá que preguntarle cuáles son los motivos por los que quiere hacerse cristiano. En efecto, hay que ver si únicamente lo desea por conseguir ventajas humanas. Puede tener también razones políticas, cuando se trata de una sociedad cristiana. También puede tener la idea de que con ello se asegura la protección de Dios, para conseguir un éxito terreno. Cirilo de Jerusalén prevé el caso del bautismo solicitado por un pagano con el deseo de casarse con una joven cristiana. A priori, no lo descarta, ya que este motivo puede ser causa de una auténtica conversión, pero es preciso que esta conversión se realice de verdad. Agustín recomienda que se les prevenga sobre la incertidumbre de los bienes terrenos y la necesidad de buscar los verdaderos bienes (XVI-XVII, 24-28).

Respecto a los hombres cultos, San Agustín observa que no debemos adoptar un aire como de querer enseñárselo todo, porque, generalmente, si desean convertirse es después de haber estudiado esta cuestión. Hay que preguntarles acerca de sus lecturas y partir de ahí para corregir algún error, para completar una laguna. Hay que tratar de ver cuáles son sus dificultades. Ya Orígenes había visto la necesidad de una catequesis especial para intelectuales, cuando estaba encargado de la escuela catequética en Alejandría, y por ello funda al lado de ésta la Didascalia.

Tenemos además un admirable ejemplo de catequesis adaptada a los intelectuales en el Discurso catequético, de Gregorio Niceno, que sigue el plan del Símbolo, pero aborda, a propósito de cada dogma, los problemas filosóficos que plantea.

Agustín distingue, finalmente, un último grupo: el de los hombres que no son ni iletrados ni muy instruidos. Son los más pretenciosos. Imbuidos de lo que saben, podrían burlarse de la simplicidad de los relatos de las Escrituras. Esto es característico todavía hoy de esta clase de personas, con la diferencia de que en tiempos de Agustín la cultura era más literaria, mientras que hoy es más científica. Al mismo tiempo se sienten inducidos a despreciar a su catequista, si éste comete algunas faltas de lenguaje. Hay que enseñarles que la santidad es más importante que la elocuencia.

Pero, al mismo tiempo, hay que hacer también algunas concesiones a su pretensión, demostrar que también se conoce la literatura y hacer alusiones a ella. Todo esto son cosas que irritarían a un hombre verdaderamente cultivado, pero que halagan las pretensiones de los semiletrados. Hay que enseñarles sobre todo a superar el plano superficial en que se mueven y hacerles descubrir la humildad.

Como podemos observar, estos problemas de adaptación conciernen principalmente a las primeras etapas de la catequesis.

Estas tienen un carácter bastante individual, según los medios originales de los candidatos al bautismo. De la misma manera que deben despojarse de sus costumbres antiguas para revestirse de las costumbres de Jesucristo, también deben despojarse de su mentalidad antigua, para entrar en la simplicidad de la fe. Una vez realizado este primer trabajo -trabajo que concierne especialmente al catequista-, el catecúmeno podrá recibir la enseñanza oficial

dada por el obispo, y que reúne la totalidad de los candidatos.

Bajo este aspecto, el desarrollo de la catequesis aparece como una integración progresiva de elementos humanamente desiguales en la unidad de la comunidad local presidida por el obispo. Y su fin es llevarlos a superar de una manera progresiva las diferencias humanas de clase, de cultura, de ambiente, consideradas como superficiales respecto a la unidad en Cristo. La "especialización" es siempre una cosa secundaria y debería tender siempre a ser superada.

Al lado de la adaptación, la presentación del mensaje exige también lo que San Agustín llama la "hilaritas", es decir, la preocupación de hacer una catequesis viva. A esta preocupación responde principalmente el tratado de Agustín. Y las páginas que le consagra, llenas de experiencia pastoral, son inigualables, tanto por su penetración psicológica, como por su profundidad espiritual.

Aquí no podemos anotar más que algunos rasgos. Puede suceder que el catequista esté por encima de sus oyentes. Tiene que hacerse más sencillo, explicar cosas elementales. Preferiría hablar de lo que le interesa, pero tiene que detenerse en cosas que le parecen evidentes. En esto debe imitar a Cristo que también se abajó, que se

hizo pequeño con los pequeños. Para él no tiene ningún atractivo balbucir cosas que podría decir mucho mejor. Pero el amor le hace descubrir el interés.

Puede ocurrir también que el catequista choque al auditorio.

Esto puede suceder por una de estas tres causas: por haber expresiones desgraciadas. Esta sería ocasión de recordarles que el fondo es más importante que la forma. Porque ha dicho algo inexacto o de una manera confusa, en cuyo caso sería deseable una catequesis posterior, tratando de lo mismo, pero exponiendo las ideas con mayor claridad. Finalmente, también puede ocurrir que sean las propias verdades de fe que les estamos enseñando lo que les choca. Eso sería el mismo escándalo de la cruz.

((Debemos consolarnos con el ejemplo del Señor. Los hombres, escandalizados por sus palabras, se alejaron con el pretexto de que eran demasiado duras» (XI, 16). Así, pues, no debemos minimizar en nada las enseñanzas de Cristo. La catequesis debe ser integral. Sería una falsa concepción de la adaptación el callar lo que es verdad, con el pretexto de no contrariar. Por lo menos no debemos añadir al escándalo esencial de la cruz el de nuestra negligencia en presentar el mensaje de Cristo como es debido.

Agustín examina seguidamente el hecho de la falta de reacción en el auditorio. Hace notar que esto puede ocurrir porque el catequista los intimide demasiado, porque el auditorio no le comprenda o por la indiferencia ante lo que dice. Para cada una de estas dificultades propone un remedio. Dice que hay que tener en cuenta el cansancio de los oyentes, su fatiga y superarlo animando la explicación por medio de un coloquio. Finalmente, el catequista puede estar preocupado por otras tareas. Es necesario que recuerde que ninguna es tan importante como la catequesis.

Y, si son sus pecados los que le restan entusiasmo, debe recordar que la mejor manera de purificarse de ellos es el acto de caridad que representa la catequesis. Como puede apreciarse, de todas estas indicaciones prácticas, se desprende toda una espiritualidad del catequista.

Era muy difícil, en unas pocas páginas, dar una idea de la riqueza asombrosa de los documentos catequéticos que nos ha legado la tradición patristica. Lo que acabamos de decir debe mostrar por lo menos el interés que existe en la catequesis contemporánea por ponerse en contacto con estas fuentes. Casi podríamos decir que no parecen envejecer. En ellas encontramos el eco de la fe de la Iglesia en sus datos esenciales. Y los problemas pastorales, que siguen siendo los mismos, a través de las transformaciones históricas. Lo que da valor a estas catequesis, hay que decirlo, es que son obra de los más eminentes entre los grandes Doctores del siglo IV. Es muy significativo que precisamente ellos hayan consagrado a la catequesis una parte tan importante de su actividad pastoral: Prueba de la importancia que le concedían. Y una lección para nosotros.

J. DANIELOU

¿QUE ES LA CATEQUESIS?

CELAM-CLAF.MAROVA.MADRID-1968.Págs. 61-74